de la carretera. Por su aspecto daba la impresión de que no resistiría demasiado peso. Su longitud no sobrepasaba los 20 metros y el destartalado rótulo ubicado a una distancia muy prudente dejaba claro el mensaje en cuanto a su estrechez y fragilidad:

Puente de la Soledad

Era un puente muy viejo y angosto en medio

Puente de la Soledad. Pasa sólo un vehículo a la vez.

Para completar los datos, algún conductor travieso había añadido con su puño y letra en la parte inferior del rótulo la siguiente información: Si sabe rezar, hágalo ahora.

Cuando Paula se bajó del auto eran casi las dos de la mañana y la única luz cercana era la de la luna llena. Caminó hasta el puente, se aproximó a la baranda y miró hacia abajo.

—¿Ves algo? —le pregunté desde la ventanilla del auto.

- —Nada, está muy oscuro.
- —¿Hay un río o algo así?
- —No lo creo. No hay ruido de agua.
- —¿Qué opinas... seguimos o nos regresamos?
- -¡Qué pregunta! -dijo ella-. ¡Seguimos!

Cuando escuchaba a otras personas hablar sobre sus divertidas y alocadas anécdotas de la adolescencia, yo me sentía como si fuera un *alien*. En la libreta en la que apuntaba el *Top Ten* de «experiencias súper apasionantes» que me habían cambiado la vida, el primer lugar (invicto) lo ocupaba: la ocasión en que aprendí a rizarme las pestañas con una cuchara.

Efectivamente... A mis quince años no me había ocurrido ni la décima parte de lo que le había pasado a una persona normal de mi edad. Hasta un maniquí tenía una vida más activa que la mía. Mi mamá lo justificaba diciendo: «¿Para qué quieres vivir como esas locas, atolondradas e irresponsables de tus amigas?». Bueno, es que mi mamá siempre ha sido un poco exagerada y me protege como si fuera su única hija... porque soy su única hija.

Mi personalidad no me ha ayudado para lanzarme a cometer alguna locura, de hecho siempre he estado del lado de las miedosas. Paula

María Fernanda Heredia [12] dice que el mundo juega a favor de los valientes y quizá de ahí viene mi mala pata, porque lo que está claro es que yo no he traído de fábrica todos los extras de osadía con que los adolescentes se mueven por la vida.

Por ejemplo... sé que todos mis compañeros están genéticamente preparados para recibir o enviar discretamente un papelito en media clase sin que eso suponga demasiado riesgo. Tengo compañeros expertos que ante el temor de ser pillados por los maestros se han tragado, literalmente, el papelito, como si nada. Pasará a la historia mi amigo Nicolás que, ante el llamado de atención del profesor de Dibujo Técnico, se asustó tanto que se tragó el papel que acababa de llegar a sus manos, sin darse cuenta de que en su interior llevaba una gruesa pulsera que Cristina le había prestado a Diana para que la usara en una fiesta. Nicolás prometió devolver la joya tan pronto la viera salir... pero Cristina le dijo que se quedara tranquilo, que ella prefería darla por perdida.

Yo soy un desastre para los mensajitos en la clase, soy la excepción que confirma la regla, cada vez que envío o recibo un papel se me sube el color a los cachetes, tiemblo, transpiro y me muevo erráticamente en la banca.

Aquella ocasión el mensaje me llegó en media clase de Física, con el profesor Guerra, que es un ser tan amable y sensible como un cocodrilo. El papel doblado circuló por el correo habitual: Paula se lo entregó a Daniel, él se lo pasó a Diana, Diana a Quique y Quique a mí. Yo traté de disimular, puse cara de «Por favor, profesor, continúe con su muy interesante intervención sobre la hidrostática y la hidrodinámica» pero él detuvo su discurso, la clase quedó en silencio y vo sentí que me derretía en la banca.

- —¿Qué tiene en la mano, señorita Aguilar?
- —Nada, profesor.
- -: Podría abrir el puño para que todos lo comprobáramos?

Yo tenía el puño tan cerrado que sentía las uñas clavadas en la palma de la mano. El papel, arrugado en el interior, seguro estaría mojado por mi sudor. Lo peor de todo era que yo no había tenido tiempo para abrirlo, no sabía qué rayos había escrito Paula ahí. Conociéndola, el mensaje podría decir desde «Qué lindo clima», hasta «¿Te has fijado que al profesor Guerra se le terminó el champú anticaspa?».

Volteé a mirarla confiando en que ella, consciente de su responsabilidad, sería mi cómplice y accedería a acompañarme a la silla eléctrica, pero qué va... Paula se miraba las uñas como si en ellas fuera a encontrar las respuestas más importantes de la vida.

-¡Abra su mano! -insistió Guerra con los ojos desbordados de rabia—. Si no lo hace El puente de la Soledad

me veré obligado a llamar a las autoridades del colegio.

Yo sabía que el feroz profesor no se detendría ante nada. No en vano era conocido por sus alumnos y ex alumnos como el *Lobo* Guerra. Su aspecto, excesivamente peludo (hasta en las orejas), lo hacía lucir como un ser intimidante; pero, además, su carácter lo había convertido en el personaje más temido del colegio. No sólo huían de él los estudiantes, sino también sus colegas. Las historias que se escuchaban en los pasillos decían que era inmisericorde con sus alumnos, con los demás profesores y con quien se cruzara por su camino. Su fama perversa lo acompañaba como una sombra.

Vencida en el paredón ante la exigencia del profesor, abrí la mano.

- —¿Quién se lo envió?
- —Nadie, profesor, yo lo escribí y estaba a punto de pasárselo a una amiga.

Ésa era la norma. No delatar a los amigos era algo que hasta el más canalla debía respetar en la clase, porque de lo contrario tendría que aprender a vivir con el rótulo de «soplón» de por vida.

—Muy bien, señorita Aguilar, despliegue el papel y léalo en voz alta. Estoy seguro de que todos queremos conocer qué es eso tan importante que usted quería compartir con alguien de la clase.